

Blattodea

María Sepúlveda

El viento hace que la ventana tiemble. Son las cinco de la mañana, hora de levantarse. Mis pies tocan el suelo polvoriento; me dirijo al baño, miro mi cara en el espejo manchado de gotas blancas y marcas opacas de humedad; salgo de la ducha y reviso si en el tendedero al fondo de la cocina tengo alguna camisa seca. Bajo de la reja del techo un gancho con ropa. Algo de luz entra por esa lámina de PVC amarillenta; por lo demás, la casa es más bien oscura.

Me visto y escucho que mi tío enciende la radio. Hace meses que lo único que hace es escuchar la vieja radio con la abuela; ella lleva años sin hablar y sus ojos se pierden en las partículas de polvo del aire.

Salgo de la casa a la parada del bus, espero diez, quince, veinte minutos hasta que llega con sus cartelitos con nombres de lugares de la ciudad. Llego al trabajo y vuelvo a casa por la noche. Al abrir la puerta veo el mismo piso polvoriento, las mismas paredes manchadas de humedad, el mismo techo de zinc y PVC sobre el enrejado. La radio sigue sonando tras la puerta de la habitación del tío y la abuela.

Hace algunos días anoté el número de teléfono de una pieza que están alquilando en el centro. Hoy, después de vacilar un momento por la hora, decido llamar. Se escucha el tu-tu-tu al otro lado de la línea una, dos, tres veces. Contesta una señora a la que le calculo unos cincuenta o sesenta años, tiene un tono de voz muy dulce, se llama Constanza. Le pregunto por la habitación en alquiler, me da los detalles y me dice que vaya a verla el domingo que viene; digo que sí, me despido y cuelgo.

El domingo voy a la dirección indicada. Ella me abre la puerta. Su casa es fresca, organizada, llena de ventanas y luz; me hace un pequeño recorrido por el lugar mientras da detalles sobre las condiciones del arriendo. Llegamos a una habitación con un tragaluz en el techo, es de su hija. Dice que no me preocupe, que su hija se va a mudar y que esa habitación estaría desocupada en los próximos días. Algo en mí desconfía, pero igual le digo que me interesa. Dice que en el transcurso de la semana me llamará para firmar el contrato.

Por la noche en la casa, preparando la comida, abro la gaveta de la cocina para buscar un colador, y entre los utensilios veo una cucaracha. Me sobresalto del asco, pero no es nada del otro mundo. Es normal que en un espacio oscuro y húmedo, como la gaveta de una cocina, se encuentren esos animales; y no es la primera vez que los veo

en la casa. Observo por un instante su figura ovalada, plana, color café claro. Con un movimiento casi imperceptible, se esconde debajo de los demás utensilios dejando a la vista dos antenas largas y delgadas. Tomo el colador y cierro el cajón de golpe.

La semana transcurre con normalidad, espero la llamada de doña Constanza. Llega el jueves, me extraña que no haya llamado aún. Por la noche decido que la llamaré a la mañana siguiente, temprano. Me levanto a eso de las once de la noche por un vaso de agua, enciendo la luz de la cocina y, como ramificadas, salen huyendo las cucarachas. Agarro un vaso, abro la llave del lavaplatos y una pequeña, redonda, con rayas, sale espantada del sifón. La aplasto en cuanto llega al piso. Lleno el vaso con agua y me voy al cuarto.

Despierto en cuanto suena la alarma. Entro al baño con precaución ante cualquier insecto, pero no hay nada. Me ducho, veo que hay cabellos pegados al desagüe y mugre grisácea, viscosa, en los espacios que separan las cerámicas de la ducha. ¿Por qué no me había fijado antes? Salgo, me visto y marco al teléfono de doña Constanza. Al otro lado de la línea suena el tu-tu-tu, seguido de un mensaje del sistema de correo de voz. Salgo a la parada. Diez, quince, veinte minutos. Siento que el teléfono vibra en el bolsillo, pero cuando lo saco se pierde la llamada, es un número desconocido. Frunzo el ceño, pero entonces escucho el bus llegando con sus cartelitos y su afán. Me subo a codazos e intento agarrarme a uno de los tubos.

En el descanso del almuerzo vuelvo a llamar. Me contesta la señora de forma efusiva, dice que me llamó por la mañana desde el teléfono de su hija. Le vuelvo a preguntar por lo del arriendo, dice que esté tranquilo, que ya su hija encontró a dónde pasarse, que la próxima semana ya puedo ir a firmar el contrato. Al colgar suspiro. Otra semana.

Llego por la noche y me parece verlo todo más sucio que de costumbre. Abro la gaveta de la cocina y salen, de forma caótica, chiripas pequeñas, oscuras, apenas distinguibles. Cierro el cajón y decido que no quiero pasar mis últimos días en esta casa así; será mejor aprovechar el fin de semana para limpiar.

El sábado empiezo por la cocina. Saco las ollas, vacío los cajones y la alacena, donde encuentro huevos pardos, como frijoles. Limpio con cloro y reparo la pequeña fuga de la tubería del lavaplatos. Barro la casa, limpio el polvo de las repisas, paso el trapero por todas partes. Mi tío no parece muy contento con el olor a cítricos del desinfectante, lo único que hace es cerrar con llave la puerta de donde están él y la abuela. Limpio el baño con vinagre, jabón en polvo y agua hirviendo. Entre los cajones y grietas rocío veneno. Al final del día, la casa parece otra. Pienso que ya no tendré que preocuparme por bichos mientras siga aquí.

Despierto temprano, mi tío ya está con la radio prendida, algo más parco de lo normal. Dice que el olor a cloro le da alergia, que muy seguramente terminaré matando a la abuela que está tan delicada de los pulmones. No le hago caso y pongo a hervir agua para el café. Mientras acomoda a la abuela en la mesa, dice que la casa le parece algo extraña. Me río entre dientes, «extraña», dice. Qué necesidad. Me da igual; no lo hago por él, sino por mí. Noto que algo se mueve en el piso, es una cucaracha tratando de salir del sifón de la cocina. Le echo un poco de agua caliente, y desaparece. La abuela deja de mirar el aire y clava sus ojos en mí, como si quisiera algo. Esa mañana saco aparte las cosas fundamentales para los próximos días: ropa, cepillo de dientes, máquina de afeitar, entre otras. Tendré que conseguir cajas de cartón, donde no será difícil guardar mi vida por un tiempo.

Durante los días siguientes, guardo lo que puedo en los cartones que pido en tiendas y, antes de dormir, procuro dejar limpia la casa, sobre todo la cocina, la sala y el baño. Mi tío está pasando más tiempo encerrado con la abuela y la radio, y cuando algo pone cara de que me va a decir algo, pero no lo hace.

El miércoles me agacho para buscar la olla del café y veo que la tubería del lavaplatos gotea de nuevo. No le pongo mucha atención, la arreglaré al volver. Ese mismo día llamo a doña Constanza, me dice que ya mañana podré firmar el contrato. Siento un poco más de certidumbre, pero hay algo que no me deja tener esperanzas aún.

Por la noche llueve. Al llegar, la casa está toda encharcada, pienso con amargura que parece que estuviera lloviendo más adentro que en la calle. Busco una olla para poner debajo de la gotera más grande y, bajo el lavaplatos, encuentro tres, cuatro, cinco cucarachas moviendo sus antenas, oliendo la humedad. Suspiro con resignación. Llevo la olla a la sala. Siento que una baldosa se soltó. Miro abajo y vuelvo a pisar, la baldosa se hunde y expulsa agua. Pongo la olla bajo la gotera y la sala se llena con ruidos secos, metálicos. Trato de no pensar mucho y me voy a dormir.

Amanece y la lluvia sigue sonando en el tejado de zinc sobre el enrejado. Huele mucho a polvo húmedo. No sé si lo soñé, pero anoche escuché zumbidos en la oscuridad, como si varias alas vibraran en el aire y se estrellaran contra las paredes. Recuerdo el compromiso y me apuro para irme más temprano que de costumbre. Hoy parece más absurda la espera en la parada del bus, el tumulto apático de la gente, la prisa del conductor. Llego a la casa del centro donde me abre doña Constanza; conversamos un rato de forma cordial, me sirve un café y me pasa el contrato. No lo leo, firmo con seguridad, le paso el papel con el lapicero y le pago un adelanto del arriendo. Me dice con una sonrisa que tenga algo de paciencia, que su hija ya está arreglando sus cosas, que entre esta semana y la próxima la habitación quedará libre. Intento disimular mi molestia y le digo que ya recogí mis cosas, que ya estaba listo para pasarme. Me vuelve

a pedir paciencia, paciencia.

Esa noche vuelvo a limpiar con un trapo y cloro los huevos pardos de los cajones de la cocina, trapeo los charcos que dejan las goteras; no ha parado de llover. En cuanto sale de la habitación, le digo a mi tío que hay que repararlas. «Siempre han estado ahí. De todas formas te vas a largar», dice como un reclamo. Esa noche lo único que se escucha es la lluvia en el tejado de zinc y la vieja radio de mi tío. Al intentar dormir, siento unas patas con espinas en mis pies y sacudo la sábana. Corren por mi costado; tiro la mano y no hay nada. De nuevo por mi espalda, pero los dedos no las alcanzan. Varias patas delgadas pasan por mi cuerpo, más de seis, pero no las atrapo, se escabullen. Empiezo a sentir miedo, miedo de que me abran la piel con las pinzas diminutas que tienen por boca, de que sigan burlándose de mí, quién sabe por cuánto tiempo más. Me quito la sábana de encima para verlas, pero no hay nada.

Pasa otra semana en silencio. Llamo y llamo y nadie contesta. Las cajas con mis cosas están empezando a agarrar polvo. Paciencia, paciencia ¿Hasta cuándo? ¿Por qué tiene que ser tan difícil, tan absurdo todo? El jueves, por fin, contesta la señora Constanza. Me dice, algo incómoda, que han surgido dificultades en la mudanza de su hija, le pregunto qué tan difícil puede ser una mudanza, que entonces para qué pone en arriendo una pieza que no van a desocupar, y me repite una y otra vez que tenga paciencia.

El fin de semana decido ir a aquella casa. Me asomo a una de las ventanas y no logro ver nada. Toco el timbre, me quedo ahí, esperando, y nadie abre. Acerco un poco la oreja a la puerta intentando escuchar algo de vida dentro, pero al otro lado todo parece tan quieto, tan silencioso. Vuelvo a tocar, a esperar unos minutos. Decido volver a mi casa. Al llegar, mi tío está ayudando a la abuela a sentarse en la mesa, donde están servidos el café y el pan de la tarde. Ella desmigaja, temblorosa, el pan con sus dedos de uñas largas. Mi tío me mira apático, impaciente, sus facciones se difuminan con la oscuridad grisácea de la sala. El sonido de la radio llena la casa con su murmullo ahogado por las gotas sobre el tejado de zinc. Él no dice nada, yo tampoco.

Paciencia, paciencia. Trato de limpiar la casa, pero cada día que vuelvo la encuentro mugrienta, encharcada. Hoy noté que otras dos baldosas del piso están flojas. No solo la tubería del lavaplatos gotea, sino también la del lavamanos, y la llave del lavadero tiene fugas. Mi tío solo escucha la radio con la abuela en el cuarto. No quiero desempacar mis cosas de las cajas, pero ese cartón las atrae, aparecen en la noche, en la madrugada, entre la ropa, en la ducha, debajo del lavadero. Ya entendí que esta casa les pertenece.

Pasan los días, el martes vuelvo a insistir en llamar, aunque sea para que me devuelvan la plata del arriendo y buscar otro sitio, pero no responden, ya no me sorpren-

de. Tarde en la noche recibo una llamada, es la hija de doña Constanza. Me dice, con ese tono de falsa vergüenza, que ella y su madre tuvieron que salir de la ciudad por un tiempo para resolver asuntos familiares, que ha tenido problemas con su mudanza y que tendré que esperar algunos días más. Ella también me pide paciencia, me llamará la semana que viene. Me quedo con el teléfono en la oreja, aún después de que la mujer ha colgado. El viento hace que la ventana tiemble, la lluvia suena en el techo de zinc y pareciera que los sonidos se expanden más en los espacios vacíos de la habitación. Guardo el teléfono debajo de la almohada, escucho en el piso esos bichos aplanados escabulléndose con movimientos huidizos entre las grietas de las paredes; las alas que zumban y chocan contra la ventana; sobre las cajas de cartón polvorientas se escucha el tamborileo de las patas espinosas. Sobre mi cara rozan un par de antenas. Trato de dormir.

